

# La página viva

## Cita en Ispahan

José de la Colina

*Un joven jardinero persa dice a su príncipe:*

—¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahan.

*El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:*

—Esta mañana ¿por qué hiciste a nuestro jardinero un gesto de amenaza?

—No fue un gesto de amenaza —le responde la Muerte—, sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahan esta mañana, y debo tomarlo esta noche en Ispahan.

Jean Cocteau, *Le grand écart*.

(Quizá traducción de Jorge Luis Borges y / o Adolfo Bioy Casares)

\* \* \*

¿Las palabras, las letras, las fábulas pueden engendrar hechos? ¿La realidad a veces copia a la imaginación y escribe cuentos que pasan de la fantasía a la profecía? ¿En ocasiones la Historia pone en la escena de la realidad algunas muy anteriores páginas de la literatura fantástica?

En 1923 el francés Jean Cocteau (1889-1963), afamado poeta, novelista, dramaturgo, pintor y cineasta, publica una novela, *Le grand écart*, en la que incluye un cuento como alguno de los que, alargándolos con más incidentes, aventuras y adornos verbales, contaba Sheherezada durante *Las mil y una noches*; noches en las cuales ella, para salvarse del tajo del alfanje sobre su cuello, entretenía a un multiuxoricida sultán con el astuto recurso de narrar una historia hasta la primera mitad y, en la noche siguiente, concluir la y contar la mitad de otra historia que, a su vez llegada a la mitad, posponía para una noche más, y así



Jean Cocteau

sucesivamente. De este modo la genial muchacha, convertida en el menos gratuito de los cuentistas (puesto que con los cuentos salvaba la vida), inventaba la técnica narrativa del *suspense* unos siglos antes de que el cineasta inglés Alfred Hitchcock hiciera de ese recurso, o ese truco, su oficio, su receta narrativa, su arte y su buen éxito en las taquillas del cinematógrafo.

El portentoso cuento del Jardinero, el Príncipe y la Muerte, que, en la versión de Cocteau y bajo el título de “El gesto de la muerte”, los escritores argentinos Borges y Bioy Casares atinaron a recoger en su desigual, discutible *Antología de la literatura fantástica* (Editorial Sudamericana, 1965), es un relato que, si bien falta en el laberíntico y vertiginoso libro de Sheherezada, proviene de la imaginación árabe o persa y de muchos siglos atrás, pero adquirió una sintética y perfecta forma definitiva gracias al poeta francés que, en ese año de 1923 en el que lo publicó, no sabía que anunciaba para más de una década después el momento terminal de un poeta andaluz realmente existente. Y he aquí el caso verídico que, invirtien-

do una acreditada costumbre cultural, traduce una narración fantástica en un hecho *posterior* de la Historia:

Trece años después de publicado el libro de Cocteau, en julio de 1936, en Madrid, Federico García Lorca (1898-1936), poeta, dramaturgo, músico, ya el más famoso autor de la brillante Generación del 27, también llamada la Generación de la República (membrete que mucho tendrá que ver con su destino), se asusta ante los primeros acontecimientos madrileños que anuncian la inminente incivil Guerra Civil Española, y, tras decir a sus amigos: “Este lugar se va a llenar de muertos”, escapa en tren hacia su Granada natal, donde espera estar protegido del odio armado de los fascistas porque allí viven su familia y amigos y conocidos que lo admiran y lo quieren bien, pero... precisamente Granada será una de las primeras ciudades de Andalucía tomadas por las tropas franquistas, y a Federico, simpatizante de la República, lo detendrán y pocos días después lo fusilarán en la noche y a la orilla de una carretera. “El crimen fue en Granada, ¡en su Granada!”, dirá el poeta también andaluz Antonio Machado en un estremecedor poema.

Y eso ocurrió de verdad: Granada fue finalmente la Ispahan de Federico García Lorca.

La “trama” del apólogo oriental sobre el ineludible destino es la misma que la del caso verdadero en la España de 1936: intentando *escapar de la muerte, un hombre corre hacia donde hallará la muerte*. Así, el atroz final del poeta granadino reproduce en lo esencial el viejo cuento que venía inmortalizándose desde trece años antes gracias a un escritor francés y gracias a quién sabe cuántos siglos de la imaginación del Oriente. **U**